

## LA BRUJA DE LA LLUVIA

Peche y Teresa han entrado en la casa. Estaban en el jardín, y se puso a llover.

Peche, cuando habla, es una de esas niñas que dan la sensación de persona mayor, por la seriedad con que dice las cosas. Ahora me mira y espera que mi estado de ánimo sea propicio a sus palabras.

—Llueve, la bruja de la lluvia ha llegado, la hemos visto tras el seto del jardín, me dice.

—No creo en brujas, contesto.

—Pues debes creer, la hemos visto Teresa y yo hace muy poco, es una bruja mala que lo encanta todo. ¡Mira cuán triste y callado está el perro y los árboles grises! El mar, las rocas, todos están embrujados.

—No hay tal bruja, las cosas cambian de color, porque hace mal tiempo y nada más.

Peche me escucha escuriéndose el pelo con sus manitas y luego, dando un salto coge de la mano a Teresa para jugar con sus muñecas.

Mientras las niñas están así entretenidas, leo. Tras los cristales, la lluvia cae cada

vez con mayor intensidad; también sopla el viento, y las persianas del piso alto golpean contra la pared.

Peche y Teresa, al oír los golpes aprietan fuertemente las muñecas entre sus brazos, me miran y exclaman:

—Es la bruja, ¿No la oyes arriba en el piso?

—No creo en brujas, les vuelvo a decir.

—Peor para ti, contesta Peche, a lo mejor, te quedas encantado sin darte cuenta, sólo con que la bruja te toque con su escoba.

Dicho esto, prosiguen su juego. Ahora fabrican un pequeño paraguas para una muñeca de trapo medio rota. Intento leer un libro, pero no puedo; mis ojos miran, a través de la ventana, el caer de las gotas. Luego dejo el libro y cojo la guitarra, pero apenas toco tres acordes me paro, sigo contemplando el exterior, miro como los árboles se van empapando lentamente. Mejor, no habrá que regar pienso.

El viento arrecia de nuevo, suena un golpe y la puerta del garage se abre de par en par.

—¿Oyes?, me dice Peche, la bruja ha entrado en el ga-

## A Sant Feliu de Guixols

Enlloc he vist cel més blau

ni la mar tan calma i suau,

ni aquesta dolça harmonia

que a S'Agaró s'hi respira.

Ni aquest mirador suprem

de l'ermita de Sant Elm.

Ni una Vila on tot somriu

com aquest bell Sant Feliu.

Ferrer de París

rage iba montada en su escoba.

Sobre los hombros me coloco la gabardina y salgo al jardín para cerrar la puerta abierta. De las piedras húmedas, se desprende un tibiolo olor; también de los árboles.

En el interior oscuro del garage hay algo en el suelo, ¡es una escoba vieja!, y más allá se ve un cucurucho negro. Seguramente se trata del sombrero de la chimenea, me digo a mi mismo, para tranquilizarme, pero instintivamente cierro la puerta y salgo corriendo.

En el interior de la casa, las niñas siguen jugando.

Contemplo el libro que antes leyera, está allí, en el sillón: la guitarra sigue

apoyada en la pared sobre el suelo. Pienso que debería escribir unas cartas, pero me quedo estático no hago nada. Parado junto a la ventana estoy mucho rato contemplando la lluvia con los ojos muy abiertos, inmóviles, saltones.

Oigo que Peche me dice algo pero no le contesto. Creeré que estoy pensando cosas muy importantes, y en realidad, no pienso nada, solamente contemplo la lluvia, embobado, encantado, ¡eso es, embrujado! ¡Ahora comprendo porque no leo, porque no toco la guitarra, porque no escribo mis cartas. Peche tenía razón, ¡La bruja de la lluvia me ha encantado!

Santiago Marsal.

En el VIII Aplec de Sardanas celebrado en Caldas de Malavella, fueron interpretadas cuarenta y siete sardanas, entre ellas, ninguna de Juli Garreta y una de José M.<sup>a</sup> Vilá: «El Ggant Encantat».

El schotis, ese baile chulón y castizo, que es por sí solo la encarnación musical de una época y de una ciudad, no es de origen madrileño, ni siquiera español, como pudiera imaginarse. Su verdadero lugar de nacimiento fué Escocia, y de ahí su nombre «scoihch»

## CURIOSIDADES MUSICALES

(escocés); pero tan bien se aclimató en los medios populares y aristocráticos de la capital de España, que tomó en ella carta de naturaleza.

La danza es hija de la música y del amor.

(John Davies)

LA MUJER Y LA MUSICA

(Antonio R. Arriaga)

La mujer debe «concor-

dar» con el hombre, para que haya «armonía». De la falta de «concordancia» resulta la «desafinación».

Cuando una mujer habla de casamiento está en «tono natural»; cuando es despreciada y llora, está en el «tono do».

Cuando la mujer se casa, sube un «tono», cuando envidiada «baja un tono» y un «semitono»; y esto es, queda «medio tono», debajo de lo

que era antes de haberse casado.

La mujer habladora es un «flautín desafinado». La que habla poco «aumenta la mitad de su valor».

Las mujeres tienen sus «variaciones», que ejecutan con arte.

El «tiempo» en que la mujer es solterita es un compás de espera».

Cuando la mujer se muere, se acabó la sinfonía, terminando con el «tono de do mayor».

PAUTA